

el último trozo del alambre pasaba fácilmente por él; de suerte que se requería mucho trabajo para adelgazar por un igual todo un rollo. Por esto contemplamos con sorpresa el fino alambre por tal procedimiento obtenido, que sirve para fabricar las cadenitas de adorno tan apreciadas en aquel país. Aquel amable artífice satisfizo nuestra curiosidad empezando á trabajar una de aquellas cadenas, arrollando el fino alambre á un hierro más grueso y de la forma de una aguja de hacer calceta y con un afilado escoplo cortó en toda aquella espiral pequeños anillos, cada uno de los cuales era un eslaboncito, de la misma manera que lo hacen nuestros artífices. A pesar del gran desarrollo que esta industria tiene en aquella y otras comarcas, el hierro

es un objeto precioso, siendo sorprendente que falte casi en todos los escudos de los africanos del Este, que tanta diversidad de formas nos ofrecen.

Como todos los trabajos difíciles, la fundición del hierro se hace en comunidad. Gallieni describe un horno de fundición de los malinkes que tenía tres metros de altura y muchos agujeros de fuelle, y que en un día determinado — que es día de fiesta para la aldea — se llena con varias capas de carbón vegetal y de hierro intercaladas, después de lo cual se enciende al soplo de varios fuelles.

No sólo la manera de ejercer la industria de la herrería, sino también los productos de ésta, son los mismos en toda el África y demuestran que nos las habemos con un arte



Utensilios de arcilla, peine y sonajeros de los mombuttis (Museo para Etnografía, Berlín) $\frac{1}{8}$ de su verdadero tamaño

que tuvo un determinado punto de partida: ¿cuál fué éste? hé aquí lo que actualmente es difícil de decir. No debió ser, sin embargo, el Sud de Africa, porque los bosquimanos desconocían en tiempos históricos la forja del hierro. En el país de los negros es proporcionalmente en donde encontramos la industria herrería en grande escala; sin embargo, los mejores herreros, en conjunto, son los pueblos del Este del África ecuatorial y del alto Nilo, de suerte que este arte pudo muy bien ser importado de Arabia ó de Egipto.

El único metal que, además del hierro, funden los negros, es el cobre que únicamente se adquiere y se trabaja en distritos pequeños, desde los cuales se extiende extraordinariamente como artículo de comercio y de cambio: gracias á esta especialidad industrial, han logrado gran fama é influencia mercantil entre los territorios norte-ecuatoriales Hofrah en Nahas (en el alto Bahr el Chasal) y en los sud-ecuatoriales Katanga. Su difusión ha quedado, empero, muy limitada, así es que, por ejemplo, el idioma damara sólo tiene una palabra que significa «metal» para el hierro y para el cobre. Los negros nunca han trabajado el oro y esto es tanto más de extrañar cuanto que

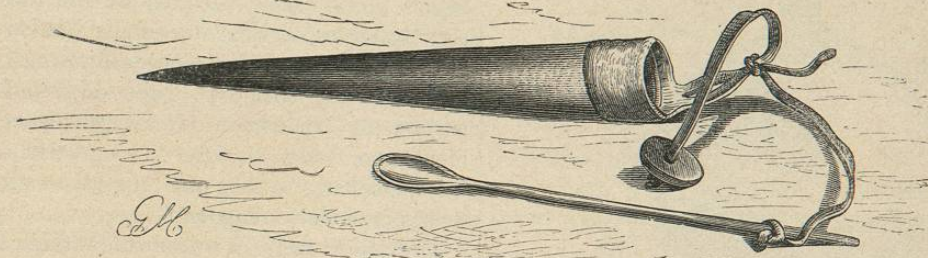
lo poseen y que el polvo de oro ha constituido, en los miles de años en que se ha hablado del Africa, con el marfil y los esclavos, los principales artículos de exportación. La plata sólo se encuentra en aquellos territorios en que positivamente domina la influencia árabe é india. Los somalís, los damakils y los abisinios son los únicos pueblos africanos parecidos á los negros que llevan adornos de plata. Todas las tribus del alto Nilo ignoran la existencia de los metales preciosos, á pesar de estar relativamente cerca de Egipto, país del oro, siendo esto debido á la mayor proximidad de los países nubios, Kordofán y otros, pobres en este metal.

Los cacharros de arcilla de los negros no tienen asas y son casi todos cilíndricos: hay de esto unas pocas excepciones, entre las cuales se cuentan las hermosas vasijas de los mombuttis del Museo para Etnografía de Berlín, y las que se encuentran también en el Sudán, debidas indudablemente á la influencia árabe. También constituyen una excepción los utensilios de arcilla con asas que Camerón encontró en Udschidschi. Los adornos de estos cacharros son calados hechos por el sistema más primitivo. El torno es completamente desconocido, y desconocido es también

el barniz mineral, con el cual tan familiarizados estaban los egipcios: el único barniz que conocen es el que usan, por ejemplo, los wanyoros para dar á sus cacharros aquel hermoso negro mate brillante; pero este mismo barniz es desconocido de otras muchas tribus, que lo suplen con el uso y la porquería. Por regla general, esos cacharros están muy poco cocidos.

Entre las artes que desconocen los habitantes del interior de Africa, figura el de adherir fuertemente un pedazo de madera á otro, pudiendo decirse que la carpintería es cosa ignorada. El clima dificulta y quizás hace imposible el encolamiento; pero que no se conozcan las juntas por

encaje ó por listones es cosa tanto más extraña cuanto que se trabaja la cinceladura que exige mucho tiempo y mucho trabajo. Entre los hereros, los caudillos vigilan este trabajo y consideran, al parecer, la confección de los cubos para leche y otras bebidas, como cosa de la cual son ellos mismos responsables. El arte más desarrollado es indudablemente el de trenzar ó entretrejer: exigido por la sequedad del clima, que hace que las ataduras sean el medio de sujetar con más fuerza, constituye dicho arte aquella industria de los negros cuyos productos más admiración nos causan por su perfección (véanse los grabados de la página 171). Con tendones, palmas, áloe, hierbas y otros



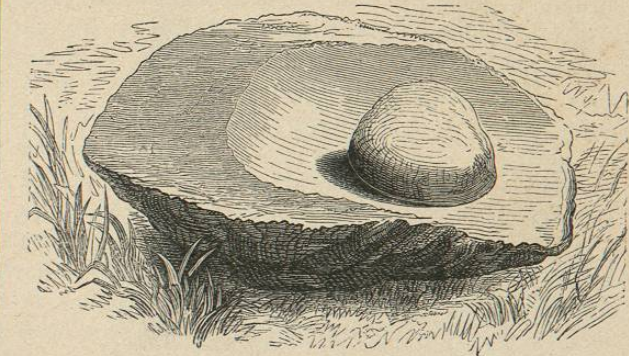
Canuto para rapé con su cuchara, de los owambos. (Museo para Etnografía, Berlín) $\frac{1}{3}$ de su verdadero tamaño

vegetales se hacen cuerdas, pudiendo afirmarse, á juzgar por las relaciones de los misioneros portugueses del siglo décimosexto, que en la costa occidental alcanzaba entonces este arte un grado de perfección mayor que en la actualidad tiene.

Dada la riqueza de ganados que poseen estos pueblos, es extraño que ignoren el arte de curtir, que sólo encontramos en el Sudán, en donde florece, por ejemplo, en los países haussas. Los pueblos negros pastores son muy hábiles en la preparación de pieles de buey para capas y techos, á las cuales dan la blandura del paño rascando su parte interior y elaborando la exterior con un instrumento lleno de puntas de hierro que hace las veces de carda. Esta manipulación la practican perfectamente los pueblos pastores del Este de Africa, en especial los betschuanes que siguen el sistema explicado; luego los wakambas que aplican un sistema más sencillo, golpeando la piel con mazas, y sobre todo los wahumas, entre los cuales las pieles de bruto llegan á tener la suavidad de los mejores cueros para zapatos. Aquí tenemos un ejemplo del penoso rodeo que ha tenido que darse antes de llegar á un invento para el cual ha sido preciso vencer grandes dificultades. Sorprende en verdad que precisamente en el Africa oriental en donde desde tiempo inmemorial el traje nacional se compone de una piel de oveja ó de cabra arrollada á la cintura, y en donde algunas tribus se sirven de las pieles para cubrir sus chozas, no haya inventado, ni siquiera copiado, la población los rudimentos del más primitivo sistema de curtimiento. Ni las cortezas de mimosas, que allí tanto abundan, han podido inducir á ello.

El algodón se cultiva y elabora en una gran parte del Africa oriental y occidental y en los territorios sudaneses, no faltando un telar primitivo entre las tribus del Nyassa y entre los africanos del Oeste. Más adelante reproduciremos uno perteneciente á los fans. Sin embargo, los negros sacan de la importación la mayor parte de los géneros de algodón que necesitan. La mayoría de los africanos del interior se viste principalmente con una tela de corteza que obtiene de una higuera, *Ficus indica*, muy extendida por toda Uganda. Este árbol, cuando llega á su completo desarrollo, mide una altura de unos 20 metros aproximadamente y 1 ó 1 $\frac{1}{2}$ me

tro de circunferencia; pero la corteza que se utiliza se saca generalmente de los árboles jóvenes. Practícanse dos cortes circulares en el tronco y un corte perpendicular de uno á otro de éstos: entonces se arranca aquel pedazo de corteza de forma cilíndrica, se le despoja con cuidado de su superficie externa y luego se le coloca en un trozo de madera liso y de forma cuadrangular, en donde lo preparan golpeándolo rápidamente con martillos de madera, en cuya cabeza hay unas ranuras circulares que, al clavarse en la corteza, dan á esta un aspecto acanalado. A fuerza de golpes, la corteza se va agrandando, como el oro puesto en el batidor, y naturalmente á medida que se estira, se adelgaza. Cuando ha



Piedra para moler (del *Missionary Travels*, de Livingstone)

adquirido el grueso necesario, lo cual exige generalmente el trabajo de un día, la corteza es puesta á secar y los agujeros que los golpes de martillo hayan podido hacer en ella, se tapan cuidadosamente con los trozos que sobran por los bordes. Este *mbugu* tiene, cuando está nuevo, un color gris amarillento que le da el aspecto de cuero recién curtido: algunas especies más finas del mismo tienen un tinte rojo oscuro de ladrillo. Hay varias clases de *mbugu*, siendo las mejores de ellas admirablemente blandas. El defecto principal de esta tela es que con la lluvia se echa fácilmente á perder, pero esto nada significa dada su abundancia. Con esa materia, cuando está ya vieja y estropeada, se hacen excelentes mechas que los wagandas fácilmente entrelazan for-

mando una cuerda, que llevan consigo en los viajes para encender la pipa, pues así preparada arde durante horas. El árbol del cual se ha arrancado la corteza no por esto muere: sobre la herida se colocan y atan fuertemente hojas de plátano, formando una especie de piel, gracias á la cual la cor-



Una vasija de arcilla del bajo Níger (Museo de la *Church Missionary Society* de Londres)

teza se reproduce al poco tiempo. La tela de corteza la usan los más diversos pueblos negros de África; así la vemos en Nyassa y en Ukerewe y los misioneros del siglo décimosexto la conocieron en el bajo Congo destinada al mismo uso que hoy tiene en el África oriental.

Si examinamos el traje y los adornos de los negros, lo primero que atrae la atención es la extraordinaria variedad de peinados, para lo cual se prestan admirablemente sus cabellos espesos, rígidos y secos. Por esto rara vez se deja que el pelo crezca libremente, ni se corta demasiado: esto último sólo se hace en señal de tristeza por causa de muerte. Con mucha frecuencia el peinado es la expresión del capricho y del humor, de suerte que pocas veces toma un carácter nacional marcado como entre los zulús. Las tribus negras más civilizadas, como por ejemplo la de los wagandas, son las que menos peinados gastan. El tatuaje no ha tomado entre ellos gran incremento, siendo muy contados los que se adornan con él todo el cuerpo, como hacen los polinesios. Sólo en la cuenca central del Congo meridional son conocidos como maestros en este arte los tuschilanges y sus afines. En cambio está muy extendida la costumbre de hacerse cicatrices, á menudo en gran número, en el cuerpo y en la cabeza por medio de incisiones ó de quemaduras: estas cicatrices sirven muchas veces de distintivos de las tribus. Los wakambas las llevan en las sienes, los makúas en las mejillas. El colmo de estas desfiguraciones son las cicatrices prominentes en forma de botones que destacan del rostro como grandes verrugas ó excrescencias. A esta clase pertenecen los llamados *Knopneuzen* que consisten en una línea de cicatrices en forma de botones, que va desde el borde superior de la frente hasta la punta de la nariz, y que algunas veces está atravesada por otra horizontal. Estas cicatrices se obtienen haciendo una incisión circular en la piel y luego una ligadura en el sitio cortado. Los makaopas, una de las tribus de la costa del Sudeste de África sometidas por los

zulús y las tribus del bajo Congo (según R. Hartmann) son las que usan estas deformaciones. La costumbre de agujerarse las orejas, las paredes nasales, el tabique nasal y los labios clavándose objetos de adorno, la encontramos entre las tribus del Zambezé y del Nyassa y en las del alto Nilo: algunas de éstas llevan atravesados en los labios unos cilindros de espato calizo artísticamente pulimentados. La circuncisión es una costumbre rigurosamente seguida por casi todos los negros. La infibulación parece haber sido introducida por los abisinios y los gallas en algunas partes del Este de África. Limar los dientes y romper ó arrancar algunos de éstos ó algunos colmillos ó unos y otros á la vez, es práctica que encontramos extendida en la mayoría de las tribus negras. No es exacto que sólo las tribus ganaderas tengan esta costumbre: Livingstone estaba mal informado cuando, al ver en Nyangwe á un niño de Lomame con algunas mellas en la boca, dedujo que había de pertenecer á una tribu pastora, fundándose en que los ganaderos se rompen los dientes por imitar, en signo de veneración, á sus rumiantes. De los damaras se sabe que rompen los dientes delanteros de sus prisioneros de guerra.

El traje del negro es sumamente variado: las materias que lo constituyen son las pieles, las telas de corteza y los tejidos de algodón indígenas ó extranjeros: en caso de necesidad, una hoja de palmera ó una rama de árbol bastan para cubrir las partes pudendas. Entre los negros, hay pocos pueblos que por costumbre vayan completamente desnudos, y aun en ellos la desnudez sólo es propia de los hombres: tal acontece con los dinkas ó con algunas tribus del Nyassa. Los niños, hasta llegar á cierta edad, y los mismos adultos, cuando están en sus chozas y para mayor comodidad, van desnudos. Entre los negros del Sud y del centro y entre las tribus del alto Nilo, el traje se compone generalmente de dos delantales, uno interior y otro exterior, que sólo tapan sus partes genitales. Las tribus pastoriles llevan á menudo el kaross de pieles, fabricado con pedazos variados de éstas artísticamente unidos. Los pueblos que preparan las telas de corteza poseen con ellas un material fácil de adquirir en grandes cantidades y se visten, por ende, de una manera más completa que los demás: entre ellos podemos citar especialmente los wanyoros y los wanganjas. En los territorios en que á bajo precio pueden adquirirse las telas de algodón, como sucede en las costas occidentales, llevan los hombres unas túnicas á manera de jubones, mientras que las mujeres atan las suyas por debajo del sobaco (véase el grabado de la pág. 175). En el interior se emplean las hojas de caña y de palma atadas alrededor del cuerpo, á modo de jubón, que recuerdan las telas de hierba de los habitantes de Nueva Guinea. Esos pueblos llevan por lo general la cabeza descubierta, y sólo la cubren en tiempo de guerra, en las danzas y en las ceremonias religiosas: en las marchas, usan unas sandalias primitivas. Una de las costumbres más extendidas y llevadas hasta la exageración es la de untarse el cuerpo y el cabello con grasa, operación que completan empolvándose con harinas aromáticas y de colores ó frotándose con creta. El traje de guerra consiste en pintarse con colores abigarrados, especialmente con rojo y blanco, formando los más raros dibujos, y también en adornarse la cabeza con plumas.

Las viviendas de los negros demuestran claramente por su tendencia á agruparse alrededor de un centro y á moverse de un sitio á otro y por los materiales que en su construcción se emplean (hierba, caña, matas y ramas) el rasgo fundamental nómada que preside también aun en aquellos pueblos que son relativamente sedentarios. Los nómadas propiamente dichos construyen frágiles chozas de ramaje

que cubren con esteras ó pieles, empleando un sistema de construcción extendido desde los ictiófagos del mar Rojo hasta los hotentotes. Lo único sólido en tales cabañas es una valla de piedra puesta alrededor de las mismas para que la lluvia no arrastre la arena sobre la cual están edificadas y no penetre directamente en ellas. Estas chozas raras veces son utilizadas más de dos años y con mucha frecuencia han de ser abandonadas antes á causa de la porquería. La lluvia pronto lo pudre y destruye todo y á lo sumo la ya citada valla de piedra y algunas piedras ennegrecidas por el fuego y el montón de ceniza de lo que fué hogar, indican que allí habitaron seres humanos. Cuando los pastores, en sus periódicas emigraciones, vuelven á un sitio por ellos otra vez habitado, casi nunca construyen sus viviendas en el lugar en que antes las habían levantado. El nombre de astillero ó de aldea que usan los hereros no significa otra cosa que lugar en donde se ordeña, al paso que de las ciudades de sus vecinos agricultores, los owambos, dicen que son sitios en los cuales se guarda algo.

Las cabañas se construyen generalmente en forma de círculo alrededor de una especie de plaza, en la cual se colocan durante la noche los rebaños. Las aldeas mayores encierran en su centro varios recintos circulares formados con maleza viva ó con estacas que sirven para encerrar las reses mayores y menores. Finalmente, el conjunto, es decir las chozas y el kral, está cercado por una gran valla que sirve, por un lado de defensa contra los grandes y pequeños ladrones, y por otro para tener en cierto modo reunido el ganado, aun en aquellos casos en que se le ha de sacar del kral propiamente dicho, como por ejemplo para la operación de ordeñar. La valla principal está reforzada, en aquellas aldeas que no son residencias transitorias, por una empalizada; y en las que están destinadas á más larga duración, como las de las tribus negras agrícolas, se añade además un foso: tal acontece con la de Moamba (en el estrecho) que, además de la empalizada, tiene á su alrededor un foso de 15 á 20 pies de ancho y otros tantos de profundidad, pero que está completamente seco. Todas las aldeas de los babembas están de igual manera fortificadas. Una de las cosas principales en la construcción de las aldeas africanas consiste en dificultar el acceso á las mismas: en caso de apuro, conduce á ellas un torrente, en cuyo lecho fácilmente desaparecen las pisadas comprometedoras: otras veces, la fuerte valla (*la boma*) se cubre con calabazas de grandes hojas que la tapan por completo. El cuidar de la defensa de las aldeas de los negros es, en los más de los casos, la primera necesidad, después de la que motiva la construcción de chozas: así lo demuestra la elección de los lugares y la preferencia dada á las islas, las penínsulas, los sitios elevados, los recodos de los ríos y las cimas de las montañas. Estas tendencias fortificadoras resaltan también en la construcción de las chozas: sin un motivo poderoso no se construyen en todo el país de los negros casas con dos pisos, por esto decían con razón los makololos hablando de la casa de Livingstone en Kolobeng, «no es una cabaña sino una montaña con muchas cavernas dentro.»

Las viviendas de los agricultores están agrupadas en medio de sus campos formando aldeas: para emplazamiento de éstas, búscanse con preferencia los lugares rodeados de malezas, cuya espesura se aumenta por medio de palos en forma de agujijones y si es posible con empalizadas. De esta suerte se forma una poderosa defensa contra cualquier ataque enemigo, sobre todo desde el momento en que esta valla de matorrales vivos no puede ser destruída por medio del fuego. La única entrada de la aldea está formada por filas de empalizada y por la noche se cierra con una puerta. Las

chozas y los graneros están adosados á la valla y el espacio que queda en el centro se reserva para el ganado. Estos pueblos gustan de ver dentro y alrededor de sus aldeas algunos árboles frondosos.



Una espumadera de los cafres (Museo para Etnografía, Berlín) $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño

Entre casi todos los negros de África prevalece en la construcción de chozas el estilo de cono, es decir el contorno circular ú ovalado y la edificación en forma de conos ó de colmenas: esta última forma es la más común, así es



Una bolsa de tejido de hierba, de Calabar (Colección etnográfica de Stockolme)

que los mismos grandes palacios de los wagandas y de los wanyoros no son más que colosales colmenas. En el África central (nunca en el Sud de África, que nosotros sepamos) encontramos, también, edificios cuadrados, tales como los